

INTRODUCCIÓN

El día en que Augusto Pinochet lucía como un amable abuelito

Uno de los impulsos que rigen el periodismo de Jon Lee Anderson es que “si la palabra es nuestra arma, nuestra misión es la búsqueda de la verdad”. Con esa conciencia, el periodista nacido en California en 1957 ha contado la historia del mundo durante las últimas tres décadas como lo confirma su libro “El dictador, los demonios y otras crónicas”. En ese libro de 384 páginas Anderson congrega los trabajos que ha publicado en “The New Yorker” sobre temas y personajes españoles y latinoamericanos, entre ellos destaca el perfil de Augusto Pinochet, quien le dijo: “sólo he sido un aspirante a dictador”. KIOSKO reproduce uno de estos reportajes realizados entre 1998 y 2009. El perfil del dictador Augusto Pinochet forma parte del libro que publica editorial Anagrama

Jon Lee Anderson

“Sólo he sido un aspirante a dictador –dijo el general Augusto Pinochet–. Siempre he sido muy dado al estudio, no excepcional, pero he leído mucho, sobre todo historia. Y la historia nos enseña que los dictadores siempre acaban mal.” Dijo esto con una sonrisa irónica.

El tiempo ha ablandado la expresión facial de dureza que era tradicional en Pinochet. En su cara hay ahora más sonrisas que ceños y ya no se pone las siniestras gafas oscuras que solía llevar. Ahora parece un abuelo bondadoso. La voz se le ha vuelto trémula y áspera, y se le han encanecido el pelo peinado con raya perfecta y el bigote. Ha echado barriga, lleva audífono y anda arrastrando los pies y con titubeos.

En vez de uniforme militar, ahora viste traje y una corbata adornada discretamente con alfiler de perla.

Otras cosas, sin embargo, no han cambiado. Su expresión sigue siendo inescrutable. Su cara es ancha, sus ojos pequeños y azul claro, su mirada fría y astuta. La sonrisa, que aparece y desaparece con la misma rapidez, acentúa las patas de gallo. Sus opiniones no parece que se hayan modificado mucho. “Por desgracia –dice–, hoy casi todo el mundo es marxista, en todas partes, aunque ellos mismos no se den cuenta. Siguen teniendo ideas marxistas.”

Pinochet va a cumplir ochenta y tres años y tiene intención de justificar sus actos y limpiar su lugar en la historia.

Me explicó por qué no se consideraba un verdadero dictador mientras estábamos sentados a una mesa grande del comedor de una casa que le sirve de despacho y que está al doblar la esquina de su antigua residencia presidencial, en Las Condes, una elegante comuna, o municipio, del área metropolitana de Santiago de Chile. En la calle había agentes de seguridad con walkie-talkies vigilando la casa y patrullaban por las habitaciones contiguas y por el jardín, con el bulto de las armas deformándoles la pechera de la chaqueta. Sentados a la mesa con nosotros había dos ayudantes de Pinochet, uno un coronel en servicio activo.

Tomaban notas y grababan la conversación. A los que le rodean no les gusta que hable con periodistas, pero su hija Lucía lo ha animado a dejarse entrevistar por mí, porque piensa que si la gente conociera mejor a su padre, lo calumniaría menos. Lucía me había advertido que era un hombre brusco y me rogó que no lo provocara sacando a relucir el tema de los derechos humanos. Tiene varias causas pendientes, civiles y criminales, relacionadas con torturas y asesinatos.

Cuando entró en la habitación, me estrechó la mano, pero no me miró a los ojos, y cuando se sentó se quedó mirando fijamente a su hija. Lucía, ya en la cincuentena y con la cara ancha del padre, me había contado que en privado era un hombre cordial, con sentido del humor, así que le di las gracias por recibirme, sobre todo porque tenía entendido que los periodistas lo “aterrorizaban”. Al oír aquello se echó a reír; y entonces me miró. No le aterrorizaban, dijo.

Era sólo que los periodistas tergiversaban siempre sus palabras. Pinochet me explicó que no había caído en la trampa histórica de los dictadores porque en ningún momento había tenido el poder absoluto. Al principio había habido una Junta de Gobierno com-

puesta por él y otros tres generales, los jefes de los tres ejércitos. “Con el tiempo pasé a ser el que mandaba, porque la cosa no funcionaba con cuatro al frente. Uno daba órdenes por aquí, otro por allí, otro por allá; así no se hace nada, nada. ¡No se avanza!” Luego había modificado la constitución chilena para, entre otras cosas, legitimar su régimen de hecho nombrándose presidente del país. La constitución anterior era un fastidio.

“¡Te maniataba! ¿Cómo puede nadie estar atado de manos? Para poder actuar, hay que estar en condiciones de fijar las metas. Si sales al campo de juego, hay que saber dónde está la portería. Así que establecí las metas.”

Al margen de las sutilezas definitorias, Augusto Pinochet es una criatura de lo más excepcional, un dictador que consigue sus objetivos. Según los sondeos de opinión chilenos, alrededor de la cuarta parte de sus conciudadanos lo sigue venerando. Exceptuando quizá a Franco, no tiene hermanos modernos. (Pinochet fue el único jefe de Estado extranjero que asistió al entierro de Franco, en 1975. Ferdinand Marcos envió a su mujer, Imelda.)

Al igual que Franco, Pinochet es un militar ultraconservador y nacionalcatólico, de personalidad mediocre, que adquirió repentino protagonismo. Los dos se impusieron recurriendo a la violencia y se sirvieron de las fuerzas de seguridad para mantenerse en el poder. Y, con el tiempo, los dos transformaron su respectiva sociedad y fortalecieron y modernizaron su economía. Pinochet sabe que se le compara a me nudo con Franco, pero guarda silencio sobre el parecido.

“Cada país tiene el líder que le corresponde –dijo con cautela–. Franco fue necesario para España.”

Pinochet nació en 1915, en la ciudad portuaria de Valparaíso. Su padre fue un tranquilo funcionario de aduanas que deseaba que su hijo estudiase para médico; pero Augusto quería ser militar y su madre lo apoyó. Ingresó en la Escuela Militar en 1933, con diecisiete años. Su padre murió joven, pero su madre falleció hace poco y hasta el final influyó mucho en el hijo. En 1943 contrajo matrimonio con otra mujer fuerte, Lucía Hiriart; tenía diecinueve años y era hija de un ex senador y ex ministro. Cuando la conocí en Santiago, Lucía Hiriart, una elegante anciana de setenta y tantos años, me confesó que, como hija de político, no le había gustado que su marido estuviese “sometido” a la jerarquía militar y que le había animado a escalar puestos más altos. “Cuando hablábamos de su futuro, repetía que le gustaría ser algún día comandante en jefe del ejército. Yo le decía que podía llegar a ministro de Defensa.”

Pinochet fue ascendiendo en el escalafón militar y en 1971, ya general de división, fue nombrado comandante en jefe de la guarnición de Santiago. Por entonces había escrito ya varios libros de geografía militar y geopolítica. En agosto de 1973, Salvador Allende, elegido presidente tres años antes, lo nombró comandante en jefe del ejército. Su esposa dice que no se lo podía creer cuando su marido le comunicó la noticia; pensaba que lo decía en broma. Menos de tres semanas después, el ejército daba un golpe de Estado y Allende se suicidó durante el asedio del palacio presidencial de La Moneda. El marido de Lucía Hiriart iba a gobernar el país y ella sería la Primera Dama.

“Mi marido me había enseñado que, siguiendo una carrera normal, habría llegado a coronel. Todo lo que había por encima dependía de la suerte. Lo hicieron general por política. Me llaman mesiánica por decirlo, pero yo creo que si llegó a presidente fue por la Divina Providencia.”

Permaneció en el poder diecisiete años. Mientras estuvo en el cargo, fueron asesinadas o “desaparecidas” más de tres mil personas, y decenas de miles fueron encarceladas o se exiliaron. La nueva constitución, aprobada en 1980, concedía a Pinochet un mandato presidencial de ocho años, pero confiaba tanto en su popularidad que en 1988 convocó un referendo preguntando si se le concedía otro mandato de ocho años. Se llevó una sorpresa cuando el resultado fue negativo y dos años después dimitía del cargo.

Se restableció la democracia con gobierno civil y se eligió presidente a un democristiano. El año que viene hay elecciones y el candidato presidencial favorito, Ricardo Lagos, es socialista y antiguo colaborador de Allende.

El país heredado por los nuevos dirigentes democráticos es próspero y progresista. Santiago, la capital, donde vive la tercera parte de los chilenos, se alza en una fértil hondonada que se extiende al pie de los Andes y su contaminada atmósfera amarillenta ya no permite ver casi nunca las montañas coronadas de nieve. Las torres de oficinas de mármol y vidrio negrizado desplazan a las villas que formaban los barrios más elegantes de la ciudad; las cepas de los viñedos se arrancan para levantar centros comerciales y urbanizaciones al estilo estadounidense. En los cruces de las congestionadas avenidas hay grandes rótulos que anuncian tarjetas de crédito, teléfonos móviles y ordenadores portátiles.

Santiago es pionera en Latinoamérica de ese pujante espíritu del libremercado que transforma todas las áreas urbanas en mosaicos de polígonos industriales, autopistas, complejos de oficinas y periferias en expansión. En el nuevo Chile, la moderna embajada estadounidense, semejante a una fortaleza, goza de una posición prominente en un recinto amurallado que hay entre el río Mapocho –un maloliente y grisáceo curso de agua que divide Santiago en dos– y un deslumbrante campo de edificios de oficinas y hoteles que los santiaguinos llaman Sanhattan.

“Todo esto es nuevo. ¡Todo! Antes sólo había aquí [...] chalés, bungalós. Era precioso, pero era [...] un poco diferente –dice el general Julio Canessa–. Y todo se hizo gracias al horrible Pinochet.” El sarcasmo de Canessa es teatral.

Cree que Pinochet es víctima de la misma injusticia que ha empañado el lugar de Franco en la historia. “Si no hubiera sido por Franco –añade–, España seguiría siendo parte de África.”

El cacareado milagro económico de Chile fue obra de los llamados Chicago Boys, un grupo de discípulos chilenos del economista estadounidense Milton Friedman a los que a mediados de los años setenta se dio carta blanca para poner en práctica sus propias teorías.

Los Chicago Boys incentivaron las inversiones extranjeras y la privatización de empresas nacionalizadas por el marxista Salvador Allende.

La economía, en los últimos catorce años, ha experimentado un crecimiento anual

medio del siete por ciento, el triple de la media general de toda América Latina. Un estudio reciente de las Naciones Unidas sobre esperanza de vida, salarios, extensión de la sanidad y niveles educativos ponía a Chile por encima de los demás países latinoamericanos.

Estos resultados despertaron la admiración de muchos conservadores británicos, entre ellos Margaret Thatcher, que antes de emprender sus propias reformas económicas envió a Chile a un colaborador para que estudiara durante seis meses las de Pinochet. En los viajes que hace a Londres todos los años, dice Pinochet, siempre envía a Thatcher flores y bombones, y cuando la ocasión es propicia, toman el té juntos. Otro admirador de Pinochet es el aspirante a presidente ruso Aleksandr Lebed. Lucía Pinochet me enseñó un fax que acababa de recibir de una organización moscovita que dice denominarse Pinochet para Rusia. Sus miembros le pedían libros y otros materiales para su archivo sobre Pinochet. Lucía ha publicado con su propio dinero un libro de fotos de su padre. Entre ellas hay una que se hizo el general en el museo de cera de Madame Tussaud, en Londres. Está delante de la figura de Lenin, señalando con el dedo, tal vez amonestando con entusiasmo, al fundador de la Unión Soviética. Cuando pregunté a Pinochet por lo que le había “dicho” a Lenin, se echó a reír. “Le dije: “Se equivocó usted, señor. Se equivocó.””

Lucía Pinochet, la más próxima al padre de los cinco hermanos, me dio una versión de la historia reciente de Chile que había de oír muchas veces en boca de los llamados pinochetistas. Me contó que el golpe contra Allende había sido necesario, porque el país se estaba convirtiendo en “otra Cuba”. Si no hubieran intervenido las fuerzas armadas, habría estallado inevitablemente una sangrienta guerra civil. Pero teme que la última generación de chilenos crea que la estabilidad y prosperidad actuales han llovido del cielo. “Prefieren admirar a Fidel Castro y al Che Guevara –dice con tristeza–. He aprendido que no se pueden transmitir las lecciones de la historia de una generación a otra.”

Los puntales más fuertes de Pinochet son la clase empresarial y las fuerzas armadas. En la Escuela Militar de Santiago hay un museo histórico del ejército, en un edificio de hormigón verde grisáceo, con pórtico de pilares. En una sala se exhibe una pequeña parte de la colección de objetos napoleónicos de Pinochet: grandes volúmenes sobre Napoleón, en español y francés, encuadernados en piel y con el título estampado en oro, bustos de bronce y el orgullo del establecimiento: un diploma enmarcado con la firma de Napoleón en persona. La gastada mesa de madera en que la Junta de Gobierno prestó juramento el 11 de septiembre de 1973, a poco de suicidarse Allende (con un fusil que le había regalado Fidel Castro), se encuentra en la galería contigua a la sala napoleónica. Al lado hay una placa que conmemora la jura, que tuvo lugar en el vestíbulo de abajo; yuxtapuestas sobre un paño de damasco se ven las mascarillas en bronce de Pinochet y los otros tres generales de la Junta. En otra sala, expuestas en vitrinas, hay más de un millar de medallas y condecoraciones de oro y plata, concedidas a Pinochet en el curso de su larga carrera. Hay medallas repujadas de Chiang Kai-chek, del rey Juan Carlos de España y del general Alfredo Stroessner de Paraguay, y una placa de la Liga Anticomunista Mundial.

Es curioso, pero la popularidad de Pinochet ha llegado incluso a China, donde ha estado dos veces. China es uno de los principales importadores de cobre chileno y Pinochet ha cultivado las relaciones con Pekín. “Me tienen mucho cariño –dice–. Porque yo entendí que el comunismo chino era un comunismo patriótico, no el comunismo de Mao. Yo abrí las puertas al comercio chino, dejé que organizaran aquí una feria de muestras con todo lo que producían, y vendieron todo lo que trajeron. –Añade que en los dos viajes que hizo, los chinos lo trataron con mucho respeto–. La primera vez me alojaron en una casa, la segunda en un palacio. Hice amistad con el general Chen, un guerrero que combatió en Corea y en Vietnam; no le caen bien los norteamericanos.” Me miró de soslayo y sonrió.

El programa más ambicioso para conservar el legado de Pinochet está financiado por la Fundación Augusto Pinochet, que está instalada en Las Condes, en una discreta casa de estilo japonés. La fundación fue un regalo sorpresa de cumpleaños que le hizo un grupo de antiguos colaboradores, amigos y empresarios. Gracias a ella dispone de un pequeño equipo que trabaja para él las veinticuatro horas del día y de un despacho donde hay un duplicado del escritorio que tenía en el palacio presidencial. La fundación sufraga conferencias y organiza actos de recaudación de fondos con los que crea becas de estudios para los hijos de los militares. En un acto celebrado este agosto, al que asistieron alrededor de cien estudiantes de una universidad privada, fundada por Pinochet para hijos de militares, el director de la fundación, Luis Cortés Villa, general retirado, pronunció una encendida arenga a su joven público.

Habló de los “grandes sacrificios” que habían hecho sus progenitores para que existiera el Chile moderno. Luego, señalando un gigantesco retrato de Pinochet en uniforme de gala que ocupaba un ángulo de la sala, Cortés Villa entonó con voz llena de sentimiento: “Mírelo. Ya no camina como antes, pero sus ideas siguen ahí, sus obras están ahí y nosotros vamos a continuar, para que no perezcan sus ideales”.

Isla Negra, la casa de Pablo Neruda, está a dos horas de Santiago por carretera, en la costa del Pacífico, junto a una cala rodeada de rocas abruptas. Allí se encontraba el poeta, sentenciado por el cáncer, cuando, a mediados de septiembre de 1973, le dieron la noticia del golpe y de la muerte de su amigo Salvador Allende durante el ataque al palacio de La Moneda. Neruda tomó medidas para huir del país, pero su estado empeoró de súbito y el 23 de septiembre falleció.

Al margen de si la tristeza aceleró su muerte o no, su desaparición se convirtió en símbolo del fin de la libertad intelectual y política en Chile. Los funcionarios del gobierno de Allende y todos los sospechosos de tener tendencias políticas izquierdistas fueron perseguidos, torturados y ejecutados, y la muerte de Neruda quedó en el aire como una maldición.

Isla Negra permaneció cerrada durante muchos años y vigilada por soldados que impedían que nadie se acercase. Hoy está abierta al público y no hay militares a la vista. La laberíntica casa costera, de una sola planta, es un monumento en honor de las múltiples pasiones nerudianas: mascarones de proa decimonónicos, tallas de barba de ballena, botellas de colores de la Belle Époque, máscaras primitivas y su bien monta-

da colección de insectos, colibríes y conchas marinas. A menos de un kilómetro, en las colinas costeras, se alzan dos bloques de apartamentos color mostaza que parecen celebrar la fealdad del hormigón. Los promotores inmobiliarios querían construir más cerca de Isla Negra, según me contaron, pero perdieron la batalla a causa de las denodadas presiones de la Fundación Neruda. Isla Negra y los bloques coexisten hoy como en una partida que hubiera quedado en incómodas tablas.

En Chile, la memoria histórica es polémica, de mala reputación y de solución insegura. No hay consenso nacional sobre lo que es válido y merece la pena conservarse. Sobre la historia reciente de Chile hay dos versiones enfrentadas e inconciliables. Cené en el elegante Hotel Sheraton de Santiago con una íntima amiga de la familia Pinochet.

Era una mujer delgada y atractiva, de unos cincuenta años, viuda de un militar. Cuando le pregunté si su marido había participado en el golpe, respondió categóricamente:

“¡Claro! Estuvo muy activo. Incluso se tuvo que tratar con los prisioneros.” E hizo una mueca exagerada. Comprendí que lo que me estaba diciendo realmente era que su marido había participado en las redadas contra sospechosos de izquierdismo y su posterior tortura y ejecución. Procuré que fuese más concreta. “¿Se refiere a los pelotones de fusilamiento?”, dije para tantearla. Asintió con la cabeza.

“Pero a mi marido le gustaba hacer las cosas correctamente y siempre buscaba el asesoramiento de letrados”. Se refería a los letrados que hacían de fiscales en los “tribunales de guerra”, previstos por la ley marcial, que se instituyeron para juzgar a los millares de detenidos a raíz del golpe. Aun así, comenté, debió de ser un servicio difícil de cumplir.

Asintió nuevamente y me explicó que la zona en que vivían había sido un foco de terroristas de izquierda. “Era una guerra –dijo–. Era o ellos o nosotros”. Isabel Allende (no la novelista, que es prima segunda suya), hija del difunto presidente, tuerce el gesto cuando oye hablar de “excesos”, que es el eufemismo preferido por los pinochetistas cuando reconocen que hubo abusos de poder durante el mandato del general. “Hubo matanzas, hubo terrorismo de Estado –dice Allende–. Fueron asesinadas muchas personas, a sangre fría, los degollaban, los quemaban vivos. No fueron “excesos”, fueron asesinatos planeados, premeditados, coordinados por los servicios de espionaje y agencias del Estado.”

Durante tres años caóticos Salvador Allende trató de encauzar a Chile por la “vía del socialismo”, con la oposición de gran parte de la población. Allende fue elegido sólo por un tercio de los votantes, pero una vez en el poder se movió con rapidez, nacionalizó las minas de cobre y otras industrias, aplicó una reforma agraria a gran escala y concedió un creciente presupuesto a programas de asistencia social. Las fuerzas armadas, el sector privado y los partidos políticos tradicionales, incluido el democristiano, se distanciaron de él. El gobierno presidido por Allende representaba a una coalición, Unidad Popular, y cuando algunos miembros del gabinete propusieron cambios más radicales, la derecha respondió con bombas y asesinatos, y la izquierda se preparó para una guerra civil.

Cuando se produjo el golpe, pocos se sorprendieron, y muchos ciudadanos de clase media lo apoyaron, aunque no podían saber que el país iba a convertirse muy pronto

en un terreno de pruebas de las guerras sucias y truculentas contra el comunismo que se libraron en América Latina durante los años setenta y ochenta. Si puede atribuirse a Radovan Karadzic la invención de la “limpieza étnica”, entonces habría que conceder a Augusto Pinochet el mérito de haber añadido el concepto de “desaparecido” a los diccionarios modernos.

El mundo vio el comienzo en televisión. Primero vino el bombardeo diurno del Palacio de La Moneda, con el presidente Allende todavía en el interior, por cazas Hawker Hunter de fabricación británica. Luego, redadas en las que cayeron miles de personas, conducidas a punta de fusil al Estadio Nacional, donde permanecieron retenidas durante semanas. Delatores con capucha negra se paseaban con personal uniformado por delante de la multitud apelotonada en el graderío, señalando a los sospechosos de subversión.

A escondidas, en el laberinto de cubículos del complejo deportivo, se torturaba y mataba. En el estadio y otros puntos del país se fusiló a centenares de personas. El cantautor Víctor Jara estuvo entre las víctimas, le rompieron las manos y lo mataron a tiros. Se enterraba a los muertos en minas, en tumbas sin identificar, en fosas comunes que aún no se han encontrado. Un antiguo agente del contraespionaje de las fuerzas aéreas confesó que se cargaban cadáveres en helicópteros y se arrojaban al océano, con el vientre abierto para que se hundieran. En toda la geografía chilena se instalaron campos de prisioneros. Los agentes de la DINA, Dirección de Inteligencia Nacional, caían sobre cualquiera que fuese sospechoso de ser enemigo del nuevo régimen. Con el paso del tiempo, las muertes fueron más selectivas y las técnicas de ejecución cambiaron. Orlando Letelier, ministro de Asuntos Exteriores con Allende, fue eliminado 1976 en Washington, D. C., con un coche bomba.

Los atentados prosiguieron hasta fines de los años ochenta. En 1985 secuestraron y asesinaron a tres miembros del Partido Comunista. Los degollaron y los abandonaron en una cuneta.

Cerca de la tumba de Allende, en el Cementerio General de Santiago, hay un muro de mármol blanco con el nombre, la edad –de trece a casi ochenta años– y la fecha del fallecimiento o desaparición de las víctimas del régimen.

A ambos lados, alejándose como alas extendidas, hay dos muros más bajos, con nichos vacíos que esperan la recuperación de los desaparecidos. Sólo se han ocupado unos cuantos nichos.

Mientras bebíamos en su jardín, una aristócrata chilena que pasa mucho tiempo en Europa, y que da órdenes en francés a sus pastores alemanes, me dijo: “Los chilenos son personas aisladas e insulares; al igual que los alemanes, son incapaces de tomar iniciativas; necesitan que les digan lo

que han de hacer. Por eso les vino tan bien Pinochet.” Este análisis me lo repitieron otros chilenos que conocí, y todos se remitían al aislamiento geográfico del país y a su mezcla de nacionalidades como factores clave para explicar la popularidad de Pinochet.

Chile consiste en una estrecha franja de más de cuatro mil kilómetros de longitud, está separado de Argentina y Bolivia por los Andes, y del Perú por el desierto, y limita

al oeste con el océano Pacífico y al sur con la Antártida. La población abarca desde las minorías indígenas de los mapuches y los aimaras hasta la mayoría mestiza –descendiente de los conquistadores españoles–, pasando por cantidades importantes de inmigrantes británicos, alemanes, serbios y croatas. Todos han dejado huella. Pinochet me contó que Inglaterra es su país favorito –“el lugar ideal para vivir”–, por su urbanidad, moderación y respeto por las normas. A modo de ejemplo me señaló la forma de conducir de los británicos, impecable en comparación con la “tosquedad” de sus compatriotas al volante. Los chilenos cuentan con orgullo que los consideran los ingleses de Sudamérica.

El héroe de la independencia de Chile y su primer presidente (con el título oficial de director supremo) fue Bernardo O’Higgins Riquelme, un déspota de padre irlandés cuya memoria se ha reivindicado póstumamente. Hace unos años, el general Pinochet ordenó que los restos de O’Higgins se trasladaran del Cementerio General hasta el Altar de la Patria, monumento situado delante del Palacio de La Moneda en el que arde una llama permanente custodiada por soldados. Algunos de estos soldados visten un uniforme inquietantemente parecido al de los nazis. Otros son clara y descaradamente prusianos: guerrera gris con cuello duro, casco de cimera lanceolada y botas de cuero negro. El ejército chileno tuvo instructores prusianos desde la década de 1880 hasta la de 1930.

No muy lejos de La Moneda hay una red de pasos peatonales que cubre varias manzanas. Un día, en un cruce de aquellos, vi a tres indios mapuches –dos mujeres y un hombre con largas trenzas negras y collares de monedas antiguas de plata– tocando instrumentos nativos bajo una pancarta en la que protestaban contra la construcción en sus tierras de la presa de una central hidroeléctrica. La pancarta decía que era “una agresión a la milenaria cultura mapuche”.

A su alrededor, mirando en silencio, había diez o doce curiosos de piel blanca y ropa convencional. Saltaba a la vista que los mapuches eran para ellos tan extranjeros y exóticos como los tibetanos.

La sociedad chilena es insólitamente insular y socialmente conservadora. Casi nueve años después de recuperar la democracia, el divorcio y el aborto siguen siendo ilegales, la homosexualidad se considera delito y hay una censura oficial que filtra el cine y a veces prohíbe películas. Se habla mucho de “inseguridad ciudadana”, el eufemismo habitual para referirse al índice de criminalidad de Santiago, que, según los pinochetistas, ha llegado a niveles preocupantes desde que se fue el general.

Los partidarios de Pinochet, como es lógico, dicen cosas aún peores del gobierno al que sustituyó en 1973. Una de las anécdotas más socorridas –que se cuenta con la cara contraída por la repugnancia– es que Allende estaba borracho cuando se suicidó en La Moneda: que en la autopsia se vio que el cadáver estaba “lleno de alcohol”. Alfredo de Valle, letrado octogenario y antiguo juez, me dijo: “Allende era un hombre sin calibre moral.” Cuando le pregunté qué quería decir, guardó silencio unos instantes y a continuación me contó que un oficial del ejército, amigo suyo, registró la casa de Allende después del golpe y se sintió “físicamente asqueado” por lo que vio. “¿Qué había?”, pregunté.

El viejo letrado movió la cabeza. “Pornografía –susurró con malestar–. Montones de pornografía. Y de la peor.”

Isabel Allende está comprensiblemente resentida por estas maledicencias. Ella y una hermana estuvieron durante el golpe entre el pequeño grupo que se quedó con el presidente en La Moneda, hasta que éste ordenó a las dos que se fuesen. Allende, esbelta y de pelo negro y corto, me recibió en la sala de la casa de su difunto padre, donde aún vive su madre, Hortensia. Como un turbador reflejo de las preocupaciones de Lucía Pinochet, Allende me contó que había promovido la Fundación Salvador Allende para “que la juventud de hoy conozca los ideales de justicia social de mi padre” y contrarrestar la desinformación que se propaló sobre él durante los años de Pinochet.

En septiembre de este año se cumplirá el vigésimo quinto aniversario del golpe y las librerías se han llenado de títulos relativos a aquella época. El que más sensación ha causado, y que no tardó en ser un bestseller, es *Interferencia secreta*, de la periodista chilena Patricia Verdugo. Es la transcripción comentada de las comunicaciones por radio entre Pinochet y sus oficiales durante el ataque a La Moneda, y que fueron grabadas en secreto. El libro apareció con un CD en el que se oyen claramente las voces. En cierto momento se oye la voz aguda de Pinochet dirigiéndose al vicealmirante Patricio Carvajal, que acaba de recibir la noticia de que Allende quiere parlamentar.

PINOCHET: ¡Rendición incondicional, nada de parlamentar! ¡Rendición incondicional!

CARVAJAL: Bien, conforme. Rendición incondicional y se le toma preso, ofreciéndole nada más que respetarle la vida, digamos.

PINOCHET: La vida y se le... su integridad física y enseguida se le va a despachar para otra parte.

CARVAJAL: Conforme. Ya... o sea que se mantiene el ofrecimiento de sacarlo del país.

PINOCHET: Se mantiene el ofrecimiento de sacarlo del país... pero el avión se cae, viejo, cuando vaya volando.

(Carvajal ríe.)

Unas horas más tarde, acabado el parlamento y con La Moneda en llamas, Carvajal comunica a Pinochet que se acaba de encontrar a Allende muerto en su despacho. Preocupado por las posibles repercusiones de un funeral público, se oye debatir a Pinochet sobre qué hacer con el cadáver, y entonces sugiere “clavarlo en un ataúd, meterlo con la familia en un avión y mandarlo para Cuba”, porque la otra alternativa –la que se adoptó al final– era “enterrarlo en secreto” en Chile. En cierto punto dice Pinochet bromeando: “Viejo, hasta muerto jode este tipo”.

Un dogma de fe pinochetista dice que la toma del poder por el general, si no fue por la gracia de Dios, al menos fue por un sentido desinteresado del deber, en colaboración con los patriotas levantados en armas. La participación estadounidense en la caída de Allende se ha suprimido de su versión de los hechos. Pero la verdad es que ya en 1970, antes de que Allende fuese investido, la Casa Blanca de Nixon autorizó a la CIA para

emprender una campaña secreta de desestabilización contra él. Consistía en desviar dinero y armas para los grupos paramilitares de la derecha y los conspiradores de las fuerzas armadas, en desinformar a través de la prensa y en ejecutar “operaciones encubiertas no concretadas. El plan, según documentos desclasificados de la administración estadounidense, era conseguir que Chile fuera ingobernable con Allende, difundir el caos social y ocasionar un golpe militar. “Hacer que la economía grite”, dice una nota manual de Richard Helms, director de la CIA, tomada el 15 de septiembre de 1970 en la Casa Blanca, en una reunión con Nixon, Henry Kissinger y John Mitchell. Un mes más tarde, un cable de la CIA perfilaba los objetivos con claridad al jefe de la guarnición de Santiago: “Se mantiene de firme que Allende sea derrocado con un golpe [...] hemos de seguir generando presión máxima con vistas a este fin utilizando cualquier recurso conveniente. Es fundamental que las acciones se lleven a cabo en secreto y con seguridad para que el gobierno estadounidense y la mano americana permanezcan bien ocultos.”

A pesar de que el gobierno estadounidense quería resultados rápidos, los militares chilenos se tomaron su tiempo, y cuando se decidieron a actuar, en 1973, se pusieron a barrer sistemáticamente el comunismo de Chile. Las medidas que adoptaron fueron tan exageradas que Estados Unidos suspendió la ayuda militar a Chile en 1976, y las relaciones entre los dos países se ensombrecieron de manera creciente cuando las muertes de Orlando Letelier y Ronnie Moffit se relacionaron directamente con el director del espionaje chileno. Pinochet era una vergüenza y desde Carter, la política oficial de Estados Unidos ha sido promover la “democratización” de Chile, presionando a Pinochet para que ablandara el régimen y permitiera las elecciones.

El general no se tomó a bien el sermón y, a causa de sus poses y brusquedades, Langhorne Motley, subsecretario de Estado y enviado de Reagan, contó al New York Times que Pinochet era “el fanático más implacable que he visto en mi vida. A su lado, Somoza y los demás parecen unos pánfilos”.

En marzo del año en curso, vestido con uniforme gris perla, adornos negros y rojos, y cordón de oro, Pinochet dejó de ser comandante en jefe del ejército chileno, puesto que conservaba desde 1990, cuando dimitió como presidente.

En una ceremonia en su honor celebrada al aire libre, la banda militar tocó “Lili Marleen”, su canción favorita.

Exclamó: “¡Misión cumplida!” y, con lágrimas en los ojos, entregó a su sucesor la espada ceremonial del cargo. Al día siguiente, ya vestido de civil, se presentó en el edificio del Congreso Nacional, situado en Valparaíso, para prestar juramento como senador vitalicio. Miles de manifestantes que se habían congregado en las calles para protestar fueron repelidos por la policía con gases lacrimógenos, mangueras de agua y porras. En la cámara del Senado fue recibido por sus partidarios y miembros de la oposición, algunos de los cuales llevaban brazalete negro y enarbolaban fotos de los muertos o desaparecidos durante los últimos veinticinco años. Se sintió incómodo al verse tan cerca de sus enemigos, entre los que estaban Juan Pablo Letelier, hijo de Orlando Letelier, e Isabel Allende, ambos miembros del Congreso. Hubo que poner fin a

las peleas a puñetazos para proseguir con la jura; y a pesar de que la jornada terminó normalmente, el clima del Senado chileno raya en el surrealismo desde entonces.

La presencia de Pinochet en aquella cámara (en un edificio que él mismo mandó construir en el solar donde había estado la casa de su infancia) sirve para recordar que la democracia chilena es una democracia tutelada por Pinochet. En muchos aspectos, el problema chileno refleja sintomáticamente las dificultades típicas a que se enfrentan muchas sociedades que han salido de regímenes autoritarios en las últimas décadas. Exceptuando unos cuantos casos, el precio usual de la restauración pacífica del gobierno civil ha sido la amnistía general para los delitos cometidos por el régimen anterior. Pero ¿qué ocurre cuando el dictador militar que gobierna “permite” la vuelta a la democracia y, antes de dejar el poder, amaña las leyes para concederse a sí mismo y a las fuerzas armadas un papel activo en la política interior?

Gracias a la constitución de 1980, que su régimen convirtió en ley, Pinochet, por haber sido presidente, pasó de manera automática a ser senador vitalicio. En una cámara de cuarenta y ocho miembros había otros nueve senadores “designados” por disposición constitucional, entre ellos algunos de los colaboradores más íntimos de Pinochet, como el general Canessa. Sumados a los senadores elegidos de los dos partidos derechistas que apoyaban a Pinochet, formaban el grupo mayoritario. Ya han dejado sentir su peso al frustrar tres intentos de reformar una constitución que, entre otras cosas, da a los militares el control de sus presupuestos, así como el control del poderoso Consejo de Seguridad Nacional. Cuando Pinochet abandonó la jefatura del ejército, él mismo nombró a su sucesor.

Unas semanas después de jurar el cargo, el actual presidente, Eduardo Frei, respondió al clamor público contra el remozamiento de Pinochet apareciendo en televisión y dejando en el aire la idea de convocar un plebiscito nacional sobre la constitución. Pero el discurso fue seguramente un gesto para guardar las apariencias, porque para convocar un plebiscito sobre la reforma de la constitución habría que modificar primero la propia constitución en la Cámara de Diputados, y eso, a su vez, necesitaría la aprobación mayoritaria del Senado. Pinochet ha construido un refugio muy inteligente para él y sus amigos.

Isabel Allende reconoce el derecho legal de Pinochet a sentarse en el Senado, pero añade: “Ver a Pinochet de civil, con el título de senador vitalicio, él, que fue un dictador, responsable de un gobierno que practicó el terrorismo de Estado..., es un escándalo para cualquiera que tenga conciencia democrática.”

El principal mérito que se atribuye a Pinochet para demostrar que fue un buen dirigente es que orquestó el milagro económico chileno. Clausurado el Parlamento y prohibidos los partidos y sindicatos, no hubo nada que impidiera la aplicación del programa de Milton Friedman, consistente en una “terapia de choque” a base de libremercado.

Para solucionar la inflación galopante se recortaron drásticamente los gastos públicos. Los bancos tuvieron carta blanca, las tasas de interés se liberalizaron, los aranceles sobre la importación se redujeron de manera espectacular y las empresas públicas se

privatizaron. A cambio, la Junta de Gobierno obtuvo una benévola renegociación de la deuda exterior y préstamos generosos del Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo y otras instituciones financieras.

Pinochet hizo que las fuerzas armadas sacaran provecho del florecimiento de la economía. Por ley, los militares se quedan con el diez por ciento de los beneficios de la industria del cobre, el artículo de exportación más rentable que tiene Chile y que aún sigue en manos del Estado. La nacionalización del cobre fue una medida de Allende, aplaudida por todo el espectro político. El cobre había estado en poder de las compañías mineras estadounidenses durante decenios y era un tema polémico en el que estaba en juego la autonomía nacional.

Al margen de una importante crisis financiera a principios de los ochenta, causada por las malas inversiones y el gasto excesivo, la economía de Chile ha crecido con rapidez.

Con las inversiones extranjeras llegaron las tarjetas de crédito y un sólido mercado de valores. Los planes privados ligados al empleo sustituyeron a la seguridad social del Estado; y se construyeron escuelas y universidades privadas.

Chile cuenta hoy con la clase media más numerosa de América Latina, que se calcula que abarca el sesenta por ciento de la población; el índice de escolarización es del noventa y cinco por ciento; la mortalidad infantil es baja; la esperanza de vida media está en setenta y cuatro años; y decrecen los niveles de pobreza.

Hay tres multimillonarios chilenos en la lista “Forbes”, pero como los salarios de los más desfavorecidos no han aumentado al ritmo de la economía nacional, los porcentajes de desigualdad en la distribución de la riqueza del país son de los más altos de todo el subcontinente —el veinte por ciento de los chilenos más ricos gana catorce veces más que los más pobres— y la brecha parece ensancharse. El veinticinco por ciento de chilenos que sigue viviendo por debajo del listón oficial de la pobreza no se ha enterado de los milagrosos beneficios de la liberalización del mercado.

Estuve en un suburbio construido junto a un canal de riego de la polvorienta periferia de Santiago, fruto de la “ocupación” organizada de la tierra por los pobres que llegaban de las zonas rurales del centro del país. Las viviendas eran chabolas de madera, aunque la electricidad era gratis, ya que la tomaban de los cables de alta tensión que pasaban por encima de ellos, y las calles sin pavimentar se habían trazado en cuadrícula. No había agua corriente ni alcantarillado. Detrás de cada chabola había un retrete construido con tablas o chapas de metal y en algunas, pero no en todas, había grandes bidones de plástico azul con agua que compraban a los camioneros de paso. Un camino de tierra comunicaba con la carretera principal, por la que la gente se desplazaba andando o en microbuses de tracción animal, por subir a los cuales había que pagar.

La idea dominante entre los chilenos de clase media y alta es que los pobres, el pueblo, son comunistas, “gente de Allende”. Cuando los pinochetistas hablan del “ocho por ciento” que todavía vota al Partido Comunista, señalan con dedo acusador hacia los suburbios de Santiago. Un día, yendo en coche por las afueras con una chilena rica —en principio para ir a la finca rural de un amigo viticultor—, me equivoqué de cami-

no y cuando me di cuenta estábamos en una mugrienta zona de viviendas pobres y callampas. Conforme nos adentrábamos en la barriada, aumentaba el nerviosismo de mi compañera. Escondió el bolso Louis Vuitton debajo del asiento, echó el seguro de las puertas, subió las ventanillas y exclamó: “¡Da media vuelta! ¡De aquí es de donde salen todos los ladrones y atracadores, los asesinos, los violadores y los terroristas!”

Un conejo blanco de gran tamaño brincaba por el lozano césped del jardín posterior de Marco Antonio Pinochet, separado por una tapia de la casa de su padre, en una calle privada de La Dehesa, zona residencial periférica de clase media alta. De tarde en tarde se veía a su mujer corriendo detrás del conejo, para meterlo otra vez en la conejera.

Siguiendo la tradición familiar, el hijo menor de Pinochet recibió el nombre de un estadista romano (su hermano mayor se llama también Augusto, “Augusto Jr.”). Pero a él no le interesa la política y, tras pasar una larga eros y aviones, se ha dedicado a los negocios. Cuando fui a verlo, un sábado por la tarde, él, su señora y un par de amigos —un matrimonio rico, ella Miss Chile 1980— descansaban en el porche trasero. Las niñas se habían llevado a los niños al cine. Los hombres discutían sobre si apostar o no por un caballo de carreras basándose en el pronóstico de un preparador. El amigo de Marco Antonio, que había vuelto de Camboya hacía poco, contó que le habían regalado un friso de piedra robado en Angkor Wat. Como no se atrevía a sacarlo clandestinamente del país, lo dejó para que se lo fletaran. Pero ahora sospechaba que la antigüedad no iba a llegar nunca. La conversación viró entonces hacia la corrupción administrativa de los países asiáticos. Marco Antonio señaló que muchos gobiernos latinoamericanos eran casi tan corruptos como los asiáticos. “Lo que América Latina necesita es democracia autoritaria —dijo—. La democracia corrupta no es buena. —Meditó unos segundos y añadió—: Pero las dictaduras corruptas tampoco son buenas.”

La corrupción económica no ocupa un lugar destacado en la lista de acusaciones que se lanzan contra Pinochet, pero una comisión parlamentaria —resuelta a demostrar que fue criminalmente responsable de algo— ha exigido una investigación sobre sus bienes personales. Aunque sus declaraciones de impuestos anteriores a 1973 reflejaban los ingresos típicamente modestos de un militar chileno, hoy se cree que es propietario de al menos cinco fincas, repartidas por la geografía chilena y valoradas en varios millones de dólares. Los parlamentarios quieren saber cómo las adquirió y con qué fondos.

En tiempos pasados, Pinochet, que se precia de ser un hombre de gustos sencillos y de una sinceridad irreprochable, reaccionaba con ira a las acusaciones de fraude fiscal.

Cuando la ciudadanía protestó porque había utilizado fondos públicos para construirse una mansión presidencial en Lo Curro, zona residencial elitista, le entraron remordimientos y no se instaló en ella. La mansión es hoy un club de militares de alta graduación.

En 1984, Jorge Lavandero, senador democristiano, estuvo a punto de morir apaleado por unos matones en las calles de Santiago. Lavandero promovía la investigación de una compra de tierras del gobierno, efectuada por poco dinero por Pinochet, para construirse un refugio de fin de semana en las montañosas afueras de la capital. El senador estuvo seis meses en el hospital y quedó definitivamente sordo del oído izquierdo. Pi-

nochet conservó la tierra y se construyó el refugio, que se llamó Melocotón. Yo estuve en Melocotón con Lucía Pinochet. Rodeado de árboles frutales en una cañada que da al río Maipo, es un sencillo chalet de hormigón, madera y cinc ondulado, de estilo bávaro, con pequeñas dependencias adjuntas para los hijos de Pinochet, una piscina, y un gimnasio y una biblioteca para el general. Fueran cuales fuesen los medios con los que lo adquirió, resultaba decepcionantemente modesto.

Hay otros puntos oscuros en la economía de la familia Pinochet que al parecer son más infamantes. Cuando en 1990 estalló el escándalo del hijo mayor de Pinochet, Augusto Jr., que había recibido casi tres millones de dólares del ejército cuando éste compró una fábrica de armas en la que aquél tenía una pequeña participación, Pinochet, para expresar su descontento, sacó las tropas a las calles de Santiago.

Se dio carpetazo a la investigación y, cuando se reanudó al cabo de tres años, los soldados de Pinochet volvieron a tomar las calles.

Aunque Pinochet ya no tiene la misma autoridad para defender su integridad por la fuerza, es comandante emérito vitalicio del ejército y tiene a su servicio un contingente de guardias militares, una flota de Mercedes-Benz blindados y una ambulancia que lo sigue a todas partes. Estos extras de seguridad no se discuten, porque, como me dijo un colaborador suyo, Fernando Martínez, “El general tiene muchísimos enemigos”. En 1986, un grupo guerrillero marxista le tendió una emboscada espectacular y estuvo a punto de acabar con su vida cuando volvía de pasar el fin de semana en Melocotón. Pinochet salió más o menos ileso, pero murieron cinco guardias. En Santiago secuestraron y mataron a cuatro izquierdistas, al parecer en represalia.

Pinochet ha conocido algo parecido a un triunfo de las relaciones públicas a fines de agosto de este año, cuando se comportó por fin como un estadista y negoció un acuerdo en la cámara. Algunos senadores querían suprimir la festividad del 11 de septiembre, que el ejército celebraba anualmente desde 1973 para conmemorar el golpe. Es un día en que suele haber actos violentos y en agosto la asamblea legislativa llegó a un punto muerto en relación con el tema.

“Yo me di cuenta de que al final acabaríamos otra vez en empate –recordó Pinochet cuando volví a verlo–. Había que encontrar la forma de romper el impasse. Los militares siempre pensamos así, en cómo romper el impasse. Y había una salida.”

La salida, como él la llamó, consistió en proponer una solución de compromiso al presidente del Senado, Andrés Zaldívar, un democristiano al que había mandado al exilio en otra época. Si Zaldívar le conseguía apoyo, Pinochet se impondría a los que se oponían a que no volviera a celebrarse el 11 de septiembre, siempre que se reemplazara por otra festividad, un Día de la Unidad Nacional, que se celebraría todos los años, el primer lunes de septiembre. Después de regatear un poco, Zaldívar aceptó; los dos se pusieron a trabajar con sus correligionarios y horas más tarde se cerraba el acuerdo. Saltándose el protocolo parlamentario, Pinochet cruzó el Senado, subió a la alta tribuna en que se sienta Zaldívar, le dio un fuerte abrazo y se sentó junto a él. Sus enemigos estaban indignados: Pinochet les había robado la iniciativa, había puesto de manifiesto su influencia en el Senado y, para más inri,

había conseguido que su maniobra pasara por un magnánimo gesto de reconciliación nacional.

“¿Era lo que había esperado?”, le pregunté.

“Mire –respondió–. Yo ya soy viejo. No tengo grandes ambiciones en la vida. Todo lo que hago, lo hago por mi país. Creo que en esa ocasión tuve una actitud reconciliadora, pero no vi reconciliación en el otro bando.”

Supuse que lo que Pinochet buscaba era un acuerdo político para que no se le pidieran cuentas, ni a él ni a otros antiguos miembros de su régimen, por las violaciones de los derechos humanos cometidas entonces. Aunque están parcialmente protegidos por una amnistía retroactiva decretada por la Junta en 1978, la ley tiene agujeros y en el curso de los últimos años se ha condenado a dos antiguos colaboradores militares de Pinochet por delitos no contemplados por la amnistía. Desde que Pinochet abandonó la jefatura del ejército ha aumentado el número de procesos por violación de los derechos humanos. Contra el propio Pinochet se han presentado recientemente nueve querellas criminales. Una, presentada por la ex diputada María Maluenda, le acusa de ser responsable del asesinato de su hijo, un comunista secuestrado por unos soldados en 1985 y que apareció con la garganta seccionada. Otra, que le acusa de “genocidio y apropiación ilegal de propiedad”, fue presentada por Gladys Marín, secretaria general del Partido Comunista, cuyo marido fue “desaparecido”. Pinochet se niega a reconocer que sea personalmente responsable de ninguno de estos incidentes y ha manifestado repetidas veces que no se le puede culpar de lo que hicieran sus subordinados.

“Las críticas que lanzan contra mí se refieren muchas veces a cosas que desconozco –dice–. Muchas veces me enteraba cuando ya era demasiado tarde. Y todo lo que me parecía tema delicado, lo remitía a los tribunales. Hubo excesos por ambos bandos. Un día me mataron a once carabineros con una bomba. Otro mataron a un oficial de la marina [...] Así que digo: “¿Sufrieron ustedes mucho? Bueno, ¿y es que los míos no sufrieron también?” ¡Derechos humanos! Los derechos humanos han de estar en ambas partes.”

No es así como Pinochet respondía antes a las críticas contra sus violaciones de los derechos humanos. Hace unos años se descubrieron los cadáveres de más de un centenar de ejecutados por los militares, metidos de cualquier manera en ataúdes en una fosa común. Pinochet comentó con humor macabro: “Quien los enterrara, hizo un servicio a la Patria ahorrando clavos.” Estas observaciones hacen que resulte muy difícil limpiar la reputación de Pinochet. “Tendrá que pasar mucho tiempo para que los chilenos lleguen a verlo como un venerable antepasado –reconoce Ambrosio Rodríguez, antiguo colaborador suyo–. Tiene que ser muy duro para él saber que media nación lo odia a muerte.”

Sus partidarios piensan que las críticas son injustificadas. “Sólo se persiguió a los que infringían la ley”, dice el industrial Hernán Briones, que sostiene que la “mala imagen” de Pinochet se debe a la desinformación difundida por chilenos de izquierda que huyeron al extranjero después del golpe. El general Canessa está de acuerdo. “Dicen que el general Pinochet debe decir dónde están los desaparecidos –comenta con

exasperación—. Como si el general Pinochet tuviera un libro, así como éste —de un manotazo, abre un libro sobre la mesa—, lo mirara y pudiese decir: “Lucho Zapata. Zapata está... las personas están enterradas en tal y tal sitio.” ¿Cómo va a estar enterado de esos asuntos un jefe de Estado?”

En septiembre, días antes del vigésimo quinto aniversario de la muerte de su padre, Isabel Allende organizó un concierto —“Con Allende Siempre”— en el Estadio Nacional. Fue a beneficio de la Fundación Allende. Me contó que el estadio era un lugar especial: allí comenzó la era de represión de Pinochet y allí celebró su padre su victoria electoral de 1970.

Asistí a petición de Miguel Orellana Benado, un profesor de filosofía de cuarenta y tantos años. Es un lejano pariente político de Pinochet y Salvador Allende era amigo de su familia. Santiago es una ciudad pequeña. Después del golpe escondieron a una mujer que se creía que había sido confidente y amante de Allende. Los militares la buscaban y Miguel, adolescente entonces, recibió la misión de pasear a la fugitiva por la ciudad en el Mercedes de su padre.

En las singulares circunstancias del Chile posgolpista, era más seguro que tenerla escondida en su casa. Orellana fue enviado luego al extranjero, donde pasó doce años exiliado voluntariamente; estudió en Israel, Suecia, España, Londres y, por último, Oxford, donde redactó su tesis doctoral sobre “la filosofía del humor”. Volvió a Chile a mediados de los años ochenta y en la actualidad pasa varios días a la semana en el antiguo centro turístico costero de

Viña del Mar, donde da clases en la Universidad de Valparaíso. Sus padres también se fueron de Chile a raíz del golpe, pero no han vuelto. Hoy residen en Madrid, donde han construido una nueva vida. Según me cuenta, a su edad (los dos son octogenarios) tienen pocos motivos para volver; casi todos sus amigos han muerto y el Chile que conocieron ha desaparecido hace mucho.

Fuera del estadio parecía celebrarse una fiesta al estilo de los años sesenta. Adolescentes de pelo largo e izquierdistas barbudos con camiseta teñida, bufanda rojinegra o camiseta del Che Guevara mezclados con vendedores ambulantes de recuerdos del Che y Allende. Los carabineros montados vigilaban a la muchedumbre que entraba en el estadio, que no tardó en llenarse. En el graderío y en el campo habría en total unas setenta mil personas. El olor a marihuana iba y venía; en las tribunas había una pancarta de las Juventudes Comunistas que decía: “No traicionamos a Allende.” Otra pancarta protestaba porque se cobraba por asistir al acontecimiento. Por encima del escenario había una pancarta gigante con la cara de Allende con gafas. En cierto momento, entre dos actuaciones, se oyó el tableteo de las ametralladoras y en varias pantallas gigantes vimos una película en blanco y negro del bombardeo de La Moneda. Por encima del ruido del ataque se oyeron por los altavoces las últimas palabras de Allende, el desafiante mensaje que había grabado la víspera de su suicidio. Conforme el público veía los aviones cruzar las pantallas rugiendo y el palacio de La Moneda estallar en llamas, la enormidad de lo ocurrido llegó al corazón de los presentes y todos se pusieron a gritar a coro, una y otra vez: “¡Asesino! ¡Asesino!” Así llamaban a Augusto Pinochet.

Unas semanas después de irme de Santiago, me encontré con Pinochet en Londres, donde le estaban haciendo unos chequeos médicos. Se hospedaba en uno de los hoteles de cinco estrellas de Park Lane que frecuentan los árabes y estadounidenses ricachones. Lucía Pinochet, que había viajado con su padre, ya me había avisado de que no se encontraba bien y había decidido reducir sus actividades en Londres. No había llamado a sus amigos; había tenido que suprimir incluso su té anual con Margaret Thatcher. Unos días más tarde, me dijo que su padre tenía que ver a un médico a causa de una hernia. Esperaba que se la operasen, pero el pronóstico no era favorable. Según Lucía, tenían miedo de anestesiarlo, a causa de su edad: “Nadie quiere asumir responsabilidades cuando el paciente es una persona importante.”

Pinochet estaba de buen humor, charlamos un rato y después se fue al museo de Madame Tussaud por enésima vez, al Museo Nacional del Ejército Británico, y luego a almorzar en Fortnum & Mason. Compró varios libros sobre Napoleón y cuando entró en Burberry’s se puso radiante al ser reconocido por el jefe de personal y tratado con deferencia.

A la mañana siguiente, mientras tomábamos café en un salón vacío de su hotel, le pedí que me aclarase el significado exacto de sus palabras cuando me había dicho en Santiago que esperaba un gesto de reconciliación por parte de sus enemigos en el Senado. “La reconciliación tiene que venir de ambos bandos”, dijo.

“Sí, pero ¿qué clase de gesto espera usted?”

“¡Un gesto! —exclamó con aspereza, y cuando le repetí la pregunta, explotó—: ¡Que pongan fin a los casos! ¡Hay más de ochocientos! Contando los que ya se cerraron, y que ellos volvieron a abrir. Siempre vuelven a lo mismo, a lo mismo.”

En los últimos veinte años se han presentado cientos de acusaciones contra miembros de las fuerzas armadas y de los servicios de espionaje. Casi todas las causas se sobreyeron y Pinochet no ha pisado hasta ahora ningún tribunal.

Pero las cosas podrían cambiar. Lucía Pinochet me dijo que en las investigaciones judiciales relativas a los cuatro hombres que habían muerto a raíz del atentado sufrido por su padre en 1986 habían aparecido nuevos e inquietantes testimonios de la complicidad oficial. “Parece que no murieron en un tiroteo —dijo—, sino que fueron asesinados.”

Me contó que había estado con su padre cuando un ayudante informó a éste del incidente. Había preguntado: “¿Y nuestros muchachos?” El ayudante había respondido: “No hubo bajas, mi general.” Según Lucía, Pinochet había puesto cara de sorpresa. “¿Ninguna baja?” El ayudante dijo: “Ninguna.” Lucía le había dicho que aquella versión de lo ocurrido le parecía sospechosa, pero su padre se había encogido de hombros. “Bueno, es lo que dicen ellos.” Y no volvieron a hablar más del asunto.

Lucía me explicó que me contaba aquello para que entendiera que los oficiales de su padre le habían “perjudicado”, lo habían “aislado” y “no siempre le contaban la verdad de lo que ocurría, para maquillar su imagen o para tapar cosas”. Desde siempre la había irritado que su padre creyese más a sus ayudantes que a ella. Lucía adoraba a su padre y quería que yo creyese que sólo era culpable de ingenuidad, y de depositar demasiada confianza en sus hombres.

Lucía me dijo que aquella visita de su padre a Londres podía ser muy bien la última. Sus dolencias físicas estaban acabando con él. Además, en Londres habían cambiado las cosas. La gente ya no lo reconocía. El jefe de ventas de Burberry's había sido una excepción. Esperaba que después del reconocimiento médico se sintiera con fuerzas para acompañarla a París, a visitar la tumba de Napoleón.

La historia, y la fascinación de Pinochet por ella, tuvo un gran protagonismo en nuestras conversaciones. Admiraba a Napoleón y a los romanos, y también hablamos de Fidel Castro, al que parecía respetar por defender sus ideas y por ser "nacionalista". Cuando pasamos a Mao también se mostró extrañamente acrítico. Me contó que había visitado la tumba de Mao, y añadió bajando la voz con dramatismo:

"Me llevaron a un templo grande, inmenso, ¿cómo le diría...? Como el Congreso de Estados Unidos. Todos los días van miles de personas a poner flores a Mao. Fui a aquel templo, pero Mao no está allí. Está en otro templo, más al fondo, de paredes de mármol negro. En el centro está el catafalco de Mao. ¡Qué monumento!, de silencio.

Oscuridad..., media luz y el catafalco."

"¿En qué había pensado entonces?", le pregunté. Al fin y al cabo, estaba ante una de las figuras más representativas del comunismo del siglo XX. "Pensaba en algo muy simple –respondió Pinochet–. Me acordé de aquella rima de Bécquer que dice: "Qué solos se quedan los muertos." Porque la grandiosidad del lugar, el mausoleo, el catafalco de Mao, la oscuridad, es impresionante. Todo el poder de Mao quedó reducido a eso. Y creo que es un asunto que merece más estudio y reflexión: después de tener un poder tan grande en China, después de disponer de la vida y la muerte de tantos seres humanos, termina en un catafalco, solo, en un lugar grande como un estadio, completamente revestido de mármol negro."

Le pregunté cómo esperaba que lo recordase la historia y respondió: "Como a un hombre que amó a su patria y la sirvió toda su vida. Tengo ya ochenta años y lo único que conozco es el deber. Espero que hagan justicia a mi memoria. Cada cual lo interpretará como quiera."